

bido al cambio; para tomar los asuntos en nuestras propias manos

Sin embargo, aparte de la experimentación, Unger huye de las ofertas políticas pragmáticas que uno esperaría de un filósofo que ha ocupado una de las más altas posiciones en el gobierno de una de las mayores democracias del mundo. Hay aspectos de su plan de democracia popular que parecen heredados del *Poder ciudadano* del senador Mike Gravel, o de las nuevas ambiguas reformulaciones del sentido común político, como:

«Debemos comprender que los pequeños cambios institucionales pueden ejercer enormes efectos prácticos y que la dirección es más importante que la longitud de cada paso»⁵¹.

Los lectores que buscan un enfoque programático concreto a la democracia popular encontrarán aquí amplia inspiración, pero deberían buscar en otra parte orientación organizativa o asesoramiento práctico para la creación de instituciones.

Al final, Unger aporta una visión profunda a nuestro actual callejón social y político sin salida, a la concentración de poder económico y político en menos y menos manos debido a nuestra tendencia a desentendernos del proceso de institución vertical que se erige a nuestro alrededor. Sin embargo, sus propuestas para escapar del actual malestar –amor social y esperanza activa– parecen románticas, idealistas, y, paradójicamente, nada pragmáticas. Intencionalmente, Unger opone amor a pragmatismo, lo que constituye la

esencia de su no consolidado pragmatismo. Pero sin analizar las leyes del amor de Peirce o Tolstoy, *Self-Awakened* carece de cualquier fundamento histórico y, francamente, deja al lector preocupado, aunque esperanzado. Si el siglo XX vio a la sin precedente brutal matanza seguir los pasos de algunas de las más prometedoras teorías sociales del hombre, no está claro como *Self-Awakened*, escrito exactamente un siglo después de *La ley del silencio* y *Siddhartha*, evitará el destino de sus antepasados intelectuales sin abordar los más profundos puntos ciegos históricos y la perdurable crueldad irracional históricos del ser humano.

Boris N. Mamlyuk

Traducción L/IRM

Doctorando en Derecho, Economía e Instituciones de la Universidad de Turín. Investigador visitante de la Facultad de Derecho de la Universidad de Cornell.

Benjamin R. Barber, *Pasión por la democracia*, Editorial Almuzara, 2006, 258 pp.

En este libro, publicado en España por la editorial Almuzara con un interesante estudio preliminar de José María Seco Martínez y Rafael Rodríguez Prieto, se recoge un representativo número de artículos en los que Benjamin Barber expone sus puntos de vista sobre diversos aspectos de la realidad democrática, tomando como referente el caso de los Estados Unidos de Norteamérica. En concreto, Barber analiza ámbitos tan significativos para la

comprensión, en nuestros días, del fenómeno democrático como las relaciones entre democracia y liberalismo, el papel de los derechos en el seno de los sistemas democráticos, el concepto de autoridad, la necesidad del liderazgo democrático, el sistema de partidos, el federalismo, las interconexiones entre democracia y mercado, el establecimiento de una sólida educación democrática y el papel que las nuevas tecnologías pueden desempeñar en el escenario democrático del siglo XXI.

En primer lugar, Barber crítica el excesivo dogmatismo de que adolecen todos aquellos que han defendido la unión indisoluble entre democracia y liberalismo y que ha llevado a algunos a afirmar que la democracia no es sino la expresión política inevitable del liberalismo económico. Por el contrario, para Barber, el liberalismo se ha convertido, con el paso del tiempo, en uno de los obstáculos que impiden el desarrollo de una auténtica democracia participativa. El liberalismo debe, pues, renovarse y recuperar sus cualidades democráticas. No es la democracia la que debe plegarse a los interesados y, a veces, caprichosos designios del liberalismo, sino que es este último el que debe constituirse como una sólida base para la consolidación y profundización del espíritu democrático. Entre otros aspectos negativos, Barber considera que la radicalización del liberalismo supuso una intensificación extrema de la individualidad que ha ido, progresivamente, difuminando la entidad de los derechos que surgieron en el seno de los incipientes estados democráticos.

A lo largo de toda la obra y, a pesar de la diversidad de los artículos que la componen, es palpable en las palabras de Barber su deseo de volver al espíritu inicial que se fue larvando en los orígenes de las primeras democracias, tomando siempre como modelo paradigmático el de los Estados Unidos de Norteamérica. Así, en clara referencia al importante papel desempeñado por los *padres de la patria o de la nación norteamericana*, Barber defiende la necesidad que tienen los sistemas democráticos contemporáneos de líderes «con autoridad», al tiempo que señala los ingentes peligros que pueden desencadenarse debido a la proliferación de falsos líderes de raíz autoritaria. En su opinión, la ausencia de líderes auténticamente democráticos es una expresión de la debilidad de una voluntad popular, caracterizada, justamente por la escasez de valores democráticos.

Estos pseudo-líderes «autoritarios» convierten los partidos políticos, supuestos bastiones de los sistemas democráticos, en uno de sus más grandes enemigos. El elitismo centrípeto, que predomina en el organigrama de la mayoría de los partidos políticos, los hace actuar como máquinas implacables que devoran, en lugar de favorecer, los cauces de expresión de la voluntad popular. Aprovechando los subterfugios de los sistemas representativos, los partidos, bajo la égida de sus grandes líderes, convierten a los ciudadanos en votantes, cuyo único cometido es sancionar, cada cierto tiempo, una lista de nombres, establecidos de

forma hermética por la maquinaria anti-democrática de los partidos políticos.

Todas estas tergiversaciones del espíritu democrático sólo serán superadas si, previamente, se produce un reforzamiento de la sociedad civil que permita que el auténtico protagonista de los estados democráticos sea, en todo momento y sin interrupción, el ciudadano y no el mero votante que sólo toma protagonismo en los periodos puntuales de las elecciones. De ahí, el papel fundamental que debe llevar a cabo la *educación para la democracia*. Al igual que ya afirmara Dewey, Barber considera que la escuela es la piedra angular de la democracia y que, sin ella, es imposible el desarrollo del espíritu ciudadano imprescindible para el sólido asentamiento de los sistemas democráticos.

Como señalan Seco Martínez y Rodríguez Prieto en sus palabras de presentación de la obra, la valía de Barber radica, entre otros puntos, en una apasionada defensa de la democracia, enraizada no en la aceptación irreflexiva de la situación presente, sino en una inagotable labor de crítica sobre la que asentar la búsqueda de soluciones que permitan mejorar las condiciones actuales de las sociedades democráticas. La pasión de Barber no es, en consecuencia, una pasión ciega, sino una pasión reflexiva que conduce, de forma inevitable, a la crítica. No obstante, a nuestro entender, la actitud crítica de Barber muestra un excesivo celo por no desviarse en exceso de lo ortodoxamente correcto. Es una crítica que se manifiesta con mayor intensidad justa-

mente a la hora de denunciar, de forma reflexiva, las deficiencias de los actuales modelos democráticos, pero que se muestra, posteriormente, muy cautelosa una vez llegado el momento de proponer soluciones ajustadas a las carencias detectadas. Hay, por tanto, una cierta descompensación entre el peso de las carencias detectadas y la liviandad de las soluciones aportadas que mitiga, en gran medida, esa pasión que, según Barber, debe ser la actitud característica en la defensa de la democracia.

José Cepedello Boiso

Profesor de «Filosofía del Derecho y Filosofía Política» de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla.

Yves Dezalay and Bryant G. Garth, *The Internationalization of Palace Wars: Lawyers, Economists, and the Contest to Transform Latin American States*, Chicago Series in Law and Society, 2002, 352 pp.

La competición por una posición dominante en los «palacios» del poder en Latinoamérica ha unido las historias regionales con inestabilidad política y crisis económicas. Desde la Segunda Guerra Mundial, aspectos domésticos como la estratificación social, la competición profesional y la aceptación del conocimiento experto importado han potenciado esta competición, resultando en peculiares estructuras e institu-